

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CON CERTDO

Publicación decenal con Censura Bolesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

Núm. 117

(Jesucristo á sus discípulos)

EL DOCTOR LA TISANA

Le disgusta sobremanera la rigidez formularia á que algunos llaman respeto y orden. Quiere en su cátedra *humanizarse* á todo trance con sus discípulos. Le repudre la sangre que éstos permanezcan clavados en las gradas del anfiteatro mientras él explica ó maneja el bisturí con el garbo y soltura que le han acarreado la fama de ser uno de los más desdichados anatomistas. Por eso se despepita por ser bien quisto de sus estudiantes, y les brinda muy graciosamente á que en tiempo de clase abandonen sus asientos y le rodeen familiarmente, charlando todos á una en rededor de la mesa de mármol, teatro de sus glorias. Con las mangas y delantal de rúbrica, corta y saja, tiente y desgarras que es un primor ó una lástima. Por fortuna, la matricula de la tal Universidad suele ser corta, y así con holgura pueden todos los alumnos codearse con él y no perder ripio de las enseñanzas del doctor La Tisana.

—Vimos ayer, señores, el organismo de la región encefálica; mostramos la relación directa del cerebro con el nervio óptico, el aparato auditivo, etc. etc. Expusimos la identidad de composición química del cerebelo humano con el de otros animales y ¿quién de Vds. vió que apareciera por allí el *alma* tan cacareada de frailes y obscurantistas?

Aquí los discípulos se sonreían en señal de asentimiento. El doctor continuaba:

—¿Qué! ¡Ni por asomo!

Y así proseguía el catedrático interrogando á sus discípulos acerca del alma, y todos contestaban que jamás habían trabado conocimiento con tal señora.

—¿Ni Vds. ni yo, ni las facultades de París, Montpellier ó Berlin, en jamás de los jamases, han dado ni darán con ella! ¿Como que no existe!

Después de esta blasfemia, el Dr. La Tisana proseguía la clase con un aire de satisfacción muy pronunciado. Es justo observar que de los discípulos del doctor la mayor parte pensaban como él, por natural consecuencia de educación y temperamento: y que otra parte no pequeña, sin creer á pie juntillas las barbaridades del maestro, asentía tácitamente á las proposiciones de éste, por temor á una mala nota ó por la esperanza de

hacerse hombres, ya que el tal La Tisana era una potencia de primer orden en España (*grado 33 . . . etc. etc.*) que solía repartir plazas muy solicitadas á los discípulos de su cuerda, facilitar recomendaciones, que siempre eran atendidas, y... ¡lo demás, averigüelo Vargas!

Pero en este día el anfiteatro presenció una escena poco frecuente y curiosa por demás. Desollaba por su aplicación y talento un alumno taciturno y avellanado, pero de intachable conducta. Era Pascual Laverde, más conocido por el apodo del *hombre de la selva negra* con que sus condiscipulos le habían bautizado. Tocóle exponer los músculos de la región occipital, hizolo á maravilla, y el catedrático le provocó con la muletilla acostumbrada:

—¿Tampoco ha dado V. con el alma? ¡Y cuidado que maneja bien el bisturí!

—¡No he dado con ella, porque estoy disecando á un cadaver! —dijo Laverde serrote, pero bastante respetuoso.

—¿Toma, (gritó el doctor) ¡leoncitos á mil! ¿De modo que V. afirma que *la hay*?

Era llegada la ocasión decisiva. Pascual Laverde, sereno y contundente, repuso:

—¡Mi fe, mi corazón y la verdadera ciencia, me lo persuaden!

Estaba echado el guante. Los demás alumnos guardaban silencio, pero no dejaban de maravillarse ante el valor de Laverde que, por lo menos, se estaba jugando el curso. El catedrático vió que era preciso dar un golpe que le asegurase el prestigio y confundiera al primer mocoso que se le subía á las barbas después de treinta años de profesorado.

—Pero ¿qué ha de haber, hombre, qué ha de haber? Ni V. ni nadie, ha visto ni tocado jamás alma alguna. Ningún sentido nuestro la puede percibir...

—¿Tampoco puedo con los sentidos percibir la memoria, la voluntad, ó el pensamiento, y no me negará V. que ellos existen! —dijo el alumno sin intimidarse.

—Vayamos á cuentas. Del alma no puede V. formarse ninguna idea positiva, ella es solo una hipótesis, una entidad puramente verbal, que los ascetas antiguos se forjaron...

—Dispéñeme V. si le digo que demuestra conocer poco las condiciones del conocimiento humano. Es falso, fal-

sisimo que los sentidos sean nuestro único medio para conocer la realidad de las cosas. Ellos nos dan cuenta, si, de nuestras sensaciones, ó, lo que es lo mismo, del estado de nuestro espíritu.

—No me negará V. que el pensamiento jamás existe sin el cerebro, con cuya perfección guarda relación directa —dijo el catedrático variando la tesis, pero sin darse por vencido ante los bríos del mozo.

—No negaré que el cerebro sea una de las *condiciones* del pensamiento, pero de ello no se sigue que sea la *condición suficiente y única*. Si á la *lógica* me atengo, dadas las propiedades del cerebro, es falsa la conclusión de que el tal órgano *puede y debe* pensar, ya que el consorcio de las funciones cerebrales con las facultades de nuestra mente es un *hecho*, pero no una *necesidad*. Si me hace V. acudir á la *experiencia*, dado un cerebro cualquiera, no me probará que *piensa* sólo porque *existe*, de suerte que si fuera posible construirlo artificialmente, con la combinación de las materias de que químicamente se compone, no lograría nadie hacerle pensar.

—¡Medrados estamos con el filósofo! —gritó el doctor iracundo. —¡Ya me dirá V. en qué laboratorio fabrican las almas y me traerá un celemin de ellas!

—No podré servirle, porque el alma es substancia espiritual é incorpórea.

—¡Donosa respuesta! ¿De modo que Vds. *los neos* llaman *substancia* y *espíritu* á una misma cosa? —objetó el viejo creyendo ganar la causa.

—En ello está principalmente el *quid* de la cuestión. En que Vds. confunden bárbaramente el concepto de la *substancia* con el de la *materia*, que son dos cosas muy distintas. Sepa V. que hay *substancia espiritual* y *substancia corporal* y que en nada se parecen,

—Esto ¿lo ha leído V. en algún *Boletín de las almas del Purgatorio*?

—Esto es doctrina de Aristóteles, seguida por Santo Tomás y aceptada por Descartes y Leibnitz, á quienes Vds. acuden con frecuencia y con respeto.

—¡V. está faltando gravemente al que me debe á mi y á la Facultad de Medicina, y prometo no dejarle sin correctivo! —vociferó el doctor, falto de sólidas razones, sacando una cartera en la que simuló apuntar el nombre del alumno que tan tiesas se las había mantenido.

El resto de la clase aprendió no poco en aquella disputa tan neciamente pro-

vocada por el mismo que después la quiso evadir al ver mal el cariz que para él había tomado.

Pascual Laverde, más avisado que su catedrático materialista, se dió buena mano en hacer trasladar su matrícula á otro distrito universitario, en donde sacó á fin de curso las mejores notas. Era joven de verdadera vocación para la carrera de medicina. Estudioso, retraído, sobrio y de un vigor y fuerza de ánimo inquebrantables, llenó con creces las esperanzas que hizo concebir desde sus primeros años de colegio á sus *atrásados y obscurantistas* profesores.

Médico famoso y católico ferviente, es hoy una gloria científica de las mejor cimentadas y universalmente reconocidas. Sus obras sobre micrografía se han traducido en todas las lenguas europeas. Y en cambio, ¡asómbrense Vds.!, es á la vez presidente de un Círculo católico, vocal de las Conferencias de San Vicente de Paúl, y otras hierbas... buenas.

Su clientela y su laboratorio son un río de oro para él... ¡que nunca tiene un duro sobrante! Los pobres saben harto cómo emplea el Dr. Laverde su dinero.

El Dr. La Tisana vive aún, impenitente y contumaz, desbarrando en su cátedra hace tiempo convertida en una merienda de negros, y preguntando á sus discípulos por *el alma* con sonsonete malicioso. ¡Tiene muy pocos Pascuales Laverdes que le sepan remachar el clavo!

A. M., S. J.

CHARLA

—Oigame, oigame, señor director de «EL AMIGO DEL POBRE» y dígame si no tengo motivos yo y todos los de mi clase para odiar de muerte á esos burgueses que si se acuerdan de nosotros es para burlarse de nuestras apreturas y desgracias.

—Odio de muerte ni odio alguno, á no ser al mal, jamás debe albergar el corazón humano.

—Odio, sí, odio de muerte y ¡ay de ellos el día que venga la revolución social! Por mi parte he de decirle que no me cansaré de segar cabezas....

—Te acreditas, hombre, te acreditas de alma noble, de sentimientos humanitarios, de rectos procederes, tú que censuras el mal proceder de otros. Si lamentas ese mal, ¿por qué tratas de hacer otro mayor? Así no se remedian los desiertos.

—Para escarmiento de tiranos, y vamos al caso, mejor dicho á los varios casos que quiero contarle, porque su periódico, que algunas veces leo y me gusta bastante aunque no comulgue en sus ideas, sale siempre en defensa del obrero donde quiera que lo necesite. Haga el favor de publicar mis impresiones por si algo valen. (Si *mi* revolucionario lee este número verá cómo cumplo sus deseos).

Antes de todo lea V. esto:

LA VANIDAD HUMANA

Á LA MISERIA HUMANA

En grandes letras doradas, están escritas esas palabras en la portada de un hospital amplio y hermoso en Rio de Janeiro.

El origen de la inscripción es curioso. El emperador D. Pedro sentía mucho pesar al ver tantos infelices enfermos en las calles de la capital, y trató de fundar un vasto asilo para ellos. Se invitó al público para contribuir con donativos á tan grande obra de misericordia, pero ningún aprecio se hizo del llamamiento. Entonces resolvió el monarca conferir títulos de nobleza, baron, marqués, etc; á los que dieran de 200,000 reis para arriba, y eso bastó para que con rapidez asombrosa se reuniera lo necesario para hacer el hospital.

¡No había dinero para los pobres, pero sobraba para satisfacer la vanidad!

El día de la inauguración, se descubrió la lápida del frontispicio ante una inmensa muchedumbre, y con gran vergüenza de los nuevos condes y marqueses, se leyó la inscripción: «La vanidad humana á la miseria humana.»

Aprovechen la lección los egoístas, que también abundan fuera de Rio Janeiro y hagan la caridad por Dios, sin fines humanos.

La caridad por exhibición de *toilettes*, más ó menos sugestiva, la caridad danzante, podrá llamar la atención del cronista de sociedad, obligado á discernir adjetivos, pero no es la más conforme con el espíritu cristiano.

La caridad, la verdadera caridad, es el amor al prójimo por Dios.

—¿Qué me dice V.?

—Exactamente lo mismo que comenta esa revista de Barcelona.

—El caso no es único, el caso se repite con escandalosa frecuencia. Hoy no se socorre al necesitado si no es á costa de grandes bailoteos, de magníficas funciones teatrales, de rumbosas giras... donde se derrochan grandes cantidades de dinero dejando las migajas para nosotros.... Estos insultos á la pobreza claman al cielo.... si lo hay.

—Hombre.... haber si lo hay, á menos que tú dispongas otra cosa....

—Pues no lo parece por las injusticias que consiente.

—No te impacientes que nadie habrá de escaparse de rendir estrechísima cuenta de sus obras, palabras y pensamientos todos, al Justo Juez de vivos y muertos. Entonces se dará á cada cual su merecido.

—Largo es el plazo.

—En el día de la muerte de cada uno. Puede ser mañana y puede ser hoy, nadie lo sabe.

—¿Para después de muerto?... ¡Bah, bah, bah!....

—Tu indiferencia no modifica en un ápice las cosas. Así es, así será.

—¡Cuánto mejor fuera que Dios castigase aquí á los canallas y premiase á los que sufrimos.

—¡Tonto! Los premios y castigos de esta vida son muy efímeros. Los de allá son eternos, y tú y yo y todos los mortales que al mundo hemos venido á merecer, lo habremos de ver. Para entonces el paciente, el virtuoso se verá recompensado como ni soñar pudiera y el pecador impenitente sufrirá castigo horrible y eterno. Deja, deja obrar á Dios que es eterno, sabio y justo. Piensa que si consiente no es para siempre. ¡Ah, si tuvieses fé, lamentarías sí esas ingratitudes y faltas de caridad de tus hermanos los que gozan del mundo, pero no abrigarías contra ellos odio mortal, odio que no sana sino destruye, odio que revela también maldad

de corazón, deseos de exterminio, falta de eso mismo que tú censuras en ellos: de caridad. Cumpliéramos todos lo que manda la Religión Católica, esa Religión que vosotros los revolucionarios queréis destruir, ¡pobres!, siendo ella vuestro único recurso de salvación, el amparo fiel, constante del obrero, la que le sacó de la esclavitud en que vivía, la que le asegura un trono inmortal de tanta más gloria cuantos mayores hayan sido sus sufrimientos acá en la tierra... ¡te ries!.... no me extraña; teneis una idea muy equivocada de lo que es la Religión de Jesucristo, el obrero de Nazaret.

Fíjate en los que la siguen más de cerca y los verás sacrificarse por entero, en aras del prójimo desvalido, desprenderse de sus bienes para darlos á los pobres, vestir tosco sayal, edificar asilos donde albergar y cuidar la necesidad; ir á vuestros mismos talleres á enseñaros la verdad para haceros con ella libres y felices en cuanto se puede serlo aquí en la tierra. ¡Amigo mío, amigo mío! en ninguna sociedad, en ningún hombre incrédulo, por muy altruista que sea verás jamás ejemplos de desprendimiento y cariño por vosotros como en la sociedad de Cristo, en el hombre católico de veras, fíjate bien en lo que te digo: católico de veras, pues esos á quienes tú hace poco censurabas son católicos á su manera, no como quiere Dios y su Iglesia Santa.

Pues bien, querido, cíñete á los deberes de buen católico, de honrado ciudadano; si puedes prosperar lícitamente prospera que eso no está prohibido; si no puedes así, confórmate con lo que Dios que es Padre amorosísimo de todos dispone de ti. Si el que te ama como á todos nos ama te ve sufrir y no te remedia el sufrimiento es por que así te conviene para tu mayor bien.

Por ventura cuando estamos enfermos y queremos sanar no nos prestamos de buena voluntad á todas las molestias y sufrimientos de la medicina y de la cirugía?

—Yo... si he de decirle la verdad no creo en mucho de lo que V, acaba de contarme.

—Nada me extraña. Tantos años de labor sectaria en tu corazón, tal abundancia de malas lecturas á las que vives entregado por completo, no han de destruirse con unas cortas advertencias más por muy fundadas que sean. Únicamente la gracia de Dios, que lo puede todo, podrá iluminar tu alma con la luz de la verdad y hacerte que la ames por siempre.

Prepárate para merecerla con las debidas disposiciones de sinceridad, ama al bien por el bien mismo; rechaza de tu corazón los prejuicios de secta, estudia el caso que lo merece, en buenas fuentes y no en esos papeles infames y calumniosos y despues ya verás cómo, aun dentro de tu precaria situación, te consideras el hombre más feliz de la tierra; lo que por el camino que vas no conseguirás nunca aur que te dejasen cortar muchas cabezas de burgueses.

—Recontra!... de estos deseos míos no diga usted nada á las autoridades, no vayan á *enchiquerarme*.

—Vive tranquilo por mi parte; ya se que no llega tu maldad á tanto.
—Ni á menos, pero me da mucha rabia lo que hacen con nosotros esos condenados de burgueses.

Deberes del capital y los patronos con los obreros

Es preciso confesarlo, por más triste que sea: las clases acomodadas de la sociedad actual no cumplen el destino que les corresponde; los pobres deben respetar la propiedad de los ricos, pero los ricos, á su vez, están obligados á socorrer el infortunio de los pobres; así lo ha establecido Dios.

Balmes.

I

Antes de dar comienzo á este trabajo, hemos de sintetizar dos puntos, á fin de evitar torcidas interpretaciones, á las cuales se da mucho la ignorancia y la maledicencia: el autor de este trabajo no ha militado ni milita en ningún partido político; hombre de ciencia, á ella se atiene, sin dársele un ardite de los que se hallan más á gusto con sus utopías ó con sus intereses que con la Verdad; el autor de este trabajo cree que son obreros los intelectuales, como los manuales; que lo mismo merecen ese nombre de obreros, que le niegan los socialistas, los que estudian, los que escriben, los que pintan, los que enseñan, los que comercian, los que inventan, los que esculpen, como los que aran ó labran el hierro ó la madera.

Hechas estas dos aclaraciones, sigamos adelante.

Si todo hombre que alquila ó vende su fuerza física para vivir tiene derechos, también tiene deberes: y si no los cumple, no puede lógicamente, ni con justicia, reclamar nada: su petición es criminal.

El hombre que se embriaga, que se quita horas de sueño que le ponen en malas condiciones para obtener el salario; el hombre que no es diligente durante las horas de jornada y se distrae, pierde el tiempo, charla, entretiene á los demás, y va á la fábrica, al taller, á las oficina, á la cátedra, á la tienda, como si fuese á un lugar penoso, á «matar el tiempo», como vulgarmente se dice, ese hombre no tiene derecho á quejarse del patrono; es más, cuanto le dé éste será por caridad, por recomendación, por complacencia ó porque no halle gente mejor; pero nunca porque deba dárselo.

Más claro todavía; el que ha de reclamar contra las justicias humanas, ha de procurar ser lo más justo posible. El hombre inmoral no puede dirigirse á la moral.

Hechos todos estos distingos y salvedades, sigamos nuestro camino.

El problema social existe, está en pie; arriba, todos los goces, la desconsideración hacia la pobreza; en el medio, escaseces y necesidades que impone la vanidad, los formulismos y los convencionalismos; abajo, todos los dolores, todos los sufrimientos, todas las lacerías.

Una parte del capital no se emplea ni en industrias, ni en el comercio, ni en la agricultura, ni en las artes: no se emplea en nada, ó á lo sumo, se emplea en goces, en placeres, en orgías ó en corromper las costumbres ó en fomentar el vicio, que en muchos casos arruina al poseedor, lo lanza á la pobreza y lo convierte en un inútil, en un parálitico de la vida.

¿Cumple con sus deberes ese capital que no trabaja, ese capital ineducado, sin energías, que pudiendo descubrir y crear fuentes de riqueza, alumbrar aguas y minas, transformar la agricultura, multiplicar los cultivos, instalar nuevas industrias, colonizar los yermos, aumentar los pobladores de España, construir pantanos, convertir en verdegales las secas planicies, aprovechar

los saltos de agua, esa riqueza denominada hulla blanca que ha de transformar por la baratura de su energía la vida moderna; cumple con sus deberes ese capital que no construye caminos de hierro, que no edifica casas para obreros, que no ensancha los horizontes de nuestro comercio, que no trabaja, y que por lo tanto, no engrandece la población ni aumenta el bienestar de sus pobladores, ni por lo tanto, contribuye con su trabajo á que suban las rentas públicas, ni á que disminuya ó se elimine la miseria, y el dinero circule regando todas las industrias, todos los oficios, aniquilando la emigración, matando el hambre?

No. Es inútil que nos abroquelemos tras los eufemismos, los circunloquios y las bellas frases, para no desagradar al poderoso. No. En una ética social, en una verdadera moral, en una moral que no sea acomodaticia, en forma de embudo, tan inmoral, acaso más inmoral es el ocio en el capital que en el trabajo.

No cumplen con sus deberes, los desconoce en absoluto, el capital que no trabaja, que se esconde, que se hace parasitario, ó que solamente se ocupa en el lujo, en el derroche y en los placeres.

D. A.

Sentencia de un sabio

(HISTORIETA)

Un pobre hombre iba cierto día al monte por una carga de leña para venderla después, y comprar con su producto pan para alimentar á sus hijos, cuando encontró en el camino una bolsa y dentro de ella 100 doblones de oro, cuya vista alegróle el corazón.

El aldeano les contó con placer, formó proyectos y echó cálculos agradables, descubriendo delante de sí un porvenir de abundancia y de felicidad.

Después, reflexionando que aquel dinero tendría su dueño, se avergonzó de sus proyectos y, escondiendo la bolsa, se marchó al campo á su trabajo.

Pero al llegar la noche la leña no se había podido vender, y el aldeano y su familia no tenían pan.

—¡Terrible tentación!—decía el pobre hombre;—pero ese dinero no es mío, y no debo gastarlo. Dios, que cuida de las aves del campo, cuidará de mi y de mis hijos.

Por la mañana se pregonó por las calles de la inmediata ciudad, el nombre del que había perdido el dinero, ofreciendo 30 doblones al que lo entregase.

—Aquí teneis vuestro dinero,—dijo el aldeano, presentándose á su dueño.

Pero éste, por librarse de pagar la oferta, examinó la bolsa, contó el dinero y dijo fingiendo enojo:

—Mi bolsa es esta, pero el dinero no está completo, porque yo tenía en ella 130 doblones, y solo me traéis. 100: con que os habéis guardado lo demás y esto no puede quedar así. Voy á pedir que os castiguen por ladrón.

Los dos contendientes fueron conducidos á presencia del juez, quien comenzó diciendo al aldeano que le hiciese una relación sencilla y verdadera del suceso.

—Yo, señor—contestó—encontré la bolsa yendo al monte; conté el dinero, y sólo había 100 doblones.

—¿Y no has pensado que con ese dine-

ro podrias ser feliz?

—Tenía en mi casa á mi mujer é hijos esperando la leña que había de llevar á vender, y comprar pan. Perdonadme, señor, si miré con codicia ese dinero. Después reflexioné que tendría dueño, tal vez con más obligaciones que yo; lo escondí, y en vez de volver á mi casa me fui á trabajar.

—¿Has dado cuenta á tu mujer del hallazgo?

—He temido su codicia, y me he callado.

¿Y nada, absolutamente nada, has tomado de la bolsa?

—Señor, mi familia, mis pobres hijos han quedado sin comer, porque la leña no se pudo vender.

—¿Qué decís?—preguntó el juez al dueño del dinero.

—Señor, que todo lo que dice este hombre es falso, porque mi bolsa tenía 130 doblones y sólo él se ha podido quedar con los que faltan.

—Por ninguna parte hay pruebas,—dijo el juez;—sin embargo, creo que este pleito es fácil de sentenciar. Tú, pobre aldeano, refieres el hecho con tal naturalidad, que no es posible dudar de lo que dices, mucho menos cuando pudiste guardarlo todo ó una pequeña parte. Tú, comerciante, gozas de buena posición y de mucho crédito para que podamos presumir de tí un engaño. Diciendo los dos verdad, es claro que el bolsillo que se ha encontrado este hombre con 100 doblones es distinto al tuyo, que tenía 130. Recoje, pues, buen hombre,—dijo al leñador, y llévalo á tu casa hasta que parezca su dueño, y si por casualidad te vuelves á encontrar otro con 130, llévalo á este honrado comerciante, que entonces como será el suyo, te dará los 30 doblones que ofreció. Entretanto, como premio de la honradez con que te has portado en medio de tu pobreza, señala para tí y tu familia 30 doblones al año sobre mis rentas.

El tal juez, fué el duque Alejandro de Médicis.

(De «La Democracia Cristiana», de Reus)

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Religiosidad de Verdi.—Cuando se estaba ensayando en Paris bajo la direccion del maestro Verdi su famoso *Requiem*, le dijo un periodista en tono de broma:

—Vuestro *Tuba mirum*... es de un efecto tan aterrador, que cualquiera diria que tomáis en serio el Juicio final.

—Y muy en serio lo tomo, como todo lo que enseña la Iglesia católica—replicó Verdi;—y no comprendo cómo puede haber artistas ó poetas sin Religion. El cristianismo ha inspirado las grandes obras maestras de la humanidad, y sin él, Miguel Angel, Rafael, Mozart y Palestina, no hubieran llegado á ser lo que fueron. Si un *Requiem* vale algo, es porque es la obra de un creyente.

Estadística elocuente.—Aunque la obra de las Hermanas de la Caridad en España es inmensa, vamos á dar una estadística aproximada de las obras de este be-

nemérito Instituto

Sirven 200 hospitales, 20 manicomios, 40 casas de expósitos y 248 asilos de ancianos y niños.

En sus escuelas de párvulos reciben educación 56'000 niños; en sus escuelas elementales gratuitas 15,591, y en las nocturnas 880.

Sirven, además, cárceles y hospitales militares.

El número de hijas de San Vicente que se dedica á estas obras de caridad asciende á 6.542.

Esto hacen las religiosas que adoran á Cristo y militan en su Iglesia: los que le odian y persiguen su obra ¿qué hacen?

Por sus prójimos, poco y malo; solamente para pervertir y arruinar no admiten competencia.

—*Otrooscurantista.*—Leemos en la importante revista *Ingeniería*:

«Cerca de Valladolid se han practicado las pruebas de un nuevo aeroplano ideado por el P. Jesuita, Enrique Ascunce,

Las pruebas, según se dice, han dado muy buenos resultados, y el público que las presenciaba quedó convencido de la perfección de este nuevo aeroplano español.

En breve se efectuarán nuevas pruebas con varios aeroplanos que se están construyendo bajo el modelo del ideado por el Padre Ascunce.»

Apunten, apunten los anticlericales este nuevo dato para cuando presenten á los frailes, como enemigos del progreso, de la civilización, de los modernos inventos, y busquen nuevos argumentos para que no resulten en abierta oposición sus afirmaciones con los actos realizados por los clericales.



CLERICALISMO

—=—

Cosa extraña! Se denuncia el *clericalismo* donde no está, y nadie, en cambio, le señala allí donde está.

Si existe un país de teocracia, es decir, en que el soberano reuna en su persona la doble dignidad real y papal, y por consecuencia un país clerical, verdadera y seriamente clerical, es Inglaterra. Y ¿dónde está la cuestión del clericalismo inglés?

Rusia constituye igualmente un Estado teocrático, esto es, un *clericalismo*, y tampoco habla nadie del *clericalismo* ruso.

¿Y la Turquía? ¿Hay nada más completa, más violentamente clerical que el imperio turco? ¿Dónde está la sociedad civil Turca? ¿Dónde está el laicismo turco? El Gobierno musulmán ¿no es el Gobierno de los marabuts? Y ¿quién ha dicho nunca una palabra contra el clericalismo turco? ¿Dónde está el fracmasón que se indigne contra él?

Así el clericalismo alemán, el clericalismo inglés y el clericalismo musulmán son hechos, pero no hay ni una voz, ni un periódico, ni un político que los denuncie.

En cambio, el clericalismo austriaco,

el clericalismo español, el clericalismo belga, el clericalismo italiano y el clericalismo francés, clericalismos que no existen, que no pueden existir, que son fantasmas, invenciones, ya que el Estado y lo región se mueven en estos países en esferas distintas, son señalados siempre, y en todas las naciones á la vez, con una rabia incansable, con clamores terribles, al odio universal.

¿Por qué esta contradicción? Pues porque bajo el mote de clericalismo, es el catolicismo lo que se persigue realmente, y lo que se sueña destruir? Los francmasones de todo el mundo están de acuerdo en este punto.

Uno de los jefes de la francmasonería italiana decía el 12 de Julio de 1882, en plena Cámara de los diputados de Turín: «La base granítica de la lucha política de Italia, debe ser la guerra contra el catolicismo en toda la superficie del globo. Debemos combatir la preponderancia católica en el mundo, siempre y por todos los medios.»

El francmasón Witi, enseñando en sus *Memorias secretas* que el francmasón iniciado en el séptimo grado debe jurar la ruina de toda religión y de todo gobierno positivo, añadió también que para conseguir estos fines hace falta recurrir á todos los medios.

En los últimos días de Diciembre de 1890, un emisario de la francmasonería alemana fué enviado á Italia por el príncipe Schoenacch-Carolath para entenderse con la francmasonería italiana, presidida por Lenmi. El corresponsal romano del *Gitadino di Brescia*, decía á ese propósito: «Las diversas masonerías europeas y americanas no tienen más que un punto sobre el que estén todas de acuerdo: tal es la lucha sin cuartel contra la Iglesia católica. Por lo demás, las masonerías viven independientes unas de otras, y muchas veces en lucha entre ellas.»

Podríamos multiplicar hasta el infinito lascitas. Aquí mismo hemos citado los documentos de las logias belgas, en que se expresa que el objeto de la francmasonería está resumido en dos palabras: *la caída de la teocracia*, según la expresión de Maguette en el Convenio de 1902, ó *la caída de la Iglesia Romana*, según la fórmula de Couvreur en 1895.

Para dar el pego y engañar á los tontos, nuestros adversarios tratan de distinguir entre *clericalismo* y *la Religión*. ¡Mentira y doblez! El clericalismo que persiguen ellos, el que odian, es el catolicismo, la Religión católica, apostólica romana.

C. DE B.



CATEQUESIS



—¿Quién es el Ángel de Guarda?
—Es un buen ángel que Dios da á cada uno de nosotros para librarle del mal y ayudarnos á ser buenos cristianos.
—¿Puede uno ver á su Ángel de Guar-

dar?

—No, porque es un espíritu.

—¿Nuestro Ángel de Guarda nos ve siempre?

—Sí, siempre; y por eso debemos encomendarnos á él y ser buenos.

NUESTRO ANGEL DE GUARDA SE REGOCIJA DE NUESTRAS BUENAS OBRAS

—Un santo anacoreta vivía solo en un triste desierto. Véase allí obligado á hacer á menudo muy larga y penosa marcha para proporcionarse el agua. Un día cansado en el camino dijo: ¿Para qué darme tanto trabajo? ¿no seríamás sencillo venir á vivir cerca de la fuente? En este momento sintió ruido tras de él y volviéndose vió una persona que le contaba los pasos.

Como le preguntara quién era, el desconocido le respondió: «Yo soy un ángel del Señor: cuento tus pasos, y cada uno de ellos te valdrá una recompensa.» El servidor de Dios, se reanimó con estas palabras, y en vez de acercarse á la fuente su vivienda, la alejó para acrecentar su mérito.—*Cat. en exemples.*

UNA COMIDA EN EL CONVENTO DE SAN SIXTO

Cuando Santo Domingo fundó el convento de San Sixto, en Roma, la comunidad vivía solamente de las limosnas que los religiosos recogían de puerta en puerta en la ciudad. Una mañana el procurador, Santiago Melle, advirtió á Santo Domingo que no había más que dos ó tres panes para toda la comunidad. Santo Domingo, lleno de confianza en Dios, no se inmutó; ordenó que se dividieran los panes en cuarenta porciones, según el número de los religiosos, y se llamase á comer á la hora de costumbre. Al entrar al refectorio cada monje encontró en su lugar un bocado de pan. Bendecida la mesa todos se sentaron con más contento que de ordinario. Entre tanto Santo Domingo tenía su corazón puesto en el Cielo. Había apenas transcurrido un momento cuando dos jóvenes vestidos de blanco aparecieron en el refectorio y, dirigiéndose á la mesa en que estaba Santo Domingo, dejaron en ella abundancia de pan que llevaban en sus mantos.

—*Vida de Santo Domingo, por Lacordaire.*



CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. J. M. V.—Somió—Pagó hasta fin de Octubre de 1909.

Sr. D. A. B.—Villasila—Pagó hasta fin de Enero de 1910.

A aquellos de nuestros abonados que aun no han satisfecho el importe de sus suscripciones del año actual, les agradeceríamos lo hiciesen cuanto antes, para nosotros poder también satisfacer nuestros débitos.

Pueden verificar los pagos en Letras del Giro Mútuo ó en sellos de 0'15 ó 0'25 de pta.

Tip. «Popular»—Gijón.